

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El Corpus en Valencia, por C. C.—**Su alborada**, poesía por Lola R. de Tio.—**Hay mas allá** novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Dos para dos**, novela, por José Selgas.—**Festividad del Santísimo Corpus Christi**, poesía por Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL CORPUS EN VALENCIA

Pocas festividades se verifican, con la grandeza, la magnificencia y la pompa de que se reviste la festividad del Corpus en la hermosa ciudad del Cid Campeador.

El año de 1316 Urbano IV que á la sazón ocupaba el sòlio pontificio, dispuso que el Santísimo Sacramento fuese llevado en procesion pública, con la requerida solemnidad, y el gobernador de Valencia y el Prelado de esta diócesis determinaron; que se publicara un bando en el cual se anunciaba la fiesta y se rogaba al clero, á la nobleza, á la milicia y al pueblo todo, que tomasen parte en la religiosa festividad que desde entonces viene celebrándose con una tan extraordinaria magnificencia, que solo la procesion y las fiestas que en este dia se verificaban

antes en Roma, hubieran podido competir con la que se celebran en Valencia.

La fama de los festejos de este dia y de los de la vispera es tal, tan grande y tan antigua, que ya la historia nos dice que en 1528 el emperador Carlos V manifestó, que uno de los obsequios que mas llamó su atención, entre los muchos y muy grandes que recibió durante uno de sus viajes, fué el que hizo en su honor la ciudad de Valencia, el cual consistió en una procesion exactamente igual á la que en un dia del Corpus se celebraba en dicha poblacion y que el monarca calificó de grande, rica y suntuosa.

Ya antes en 1414, el Señor Rey Don Fernando I de Aragon, hijo de Don Juan I de Castilla y de Doña Leonor hija de Don Pedro IV de Aragon, elegido rey en el año de 1412, en el castillo de Caspe, por nueve representantes de Aragon, Valencia y Barcelona respectivamente, entre los que se encontraba San Vicente Ferrer, suplicó al gobierno de Valencia, que para dar mayor pompa á las fiestas que por su coronacion debian celebrarse en la ciudad de Zaragoza, se sirviera llevar á esta cuanto para la festividad del Corpus era costumbre usar en Valencia, y así se hizo con gran contentamiento de cuantos aquellas fiestas presenciaron.

Dan comienzo los festejos en la madrugada del miércoles, vispera del gran dia, y siete carros llama-

dos *Rocas* por lo elevados, fuertes y pesados que son, se sacan de la casa titulada tambien de las Rocas, porque en ella se guardan dichos carros, que durante el año solo este día recorren las calles y se llevan á la plaza de la Constitucion ó de la Catedral en donde se colocan delante de la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de la Ciudad.

A las once de la mañana sale de la casa del Vestuario, que está en la misma plaza de la Constitucion, una procesion cívica que tiene por objeto invitar á los habitantes de la Ciudad para la fiesta que al día siguiente debe celebrarse.

La comitiva la componen: cuatro batidores que habren paso, un capellan jóven, del cuerpo municipal, conocido entre los valencianos por el *capellá de les Roques* (capellan de las Rocas) que viste un balandran, cubre su cabeza con un bonete y va montado en un caballo blanco engualdrapado de terciopelo negro, y en las puntas de la gualdrapa, bordadas en oro, se ven las armas de la Ciudad; le siguen un piquete de caballeria y dos palafraneros. El mencionado sacerdote con atentas cortesias y descubriéndose ante el pueblo, invita á este para la fiesta del siguiente día. Sigue la *Moma* que es un hombre vestido con traje talar, blanco, lleva cetro y corona y va rodeado de siete figuras que representan los siete pecados capitales. Vienen despues una porcion de niños vestidos, unos de aldeanos y serranos, otros de labradores y pastorcillos y algunos ataviados á la antigua usanza española y montados en caballitos de carton, por lo cual, llaman los valencianos á esta procesion *les caballéts* (los caballitos) y reunidos aquellos significan, como todas las clases de la sociedad se reunen, para demostrar el placer con que ven la institucion de la Eucaristia.

Sigue una niña con manto azul y túnica blanca, sentada sobre una blanca jumenta y llevando en sus brazos un niño y á su lado un anciano, que camina á pié, cuyo grupo significa la Santísima Virgen, San José y el Niño Jesus en su huida á Egipto. Vienen despues los Reyes Magos con su séquito y la comparsa llamada en valenciano *la degolla*, porque figura los soldados de Herodes cuando degollaban á los niños; los hombres que componen esta comparsa ciñen una gran corona de laurel, van enmascarados y llevan en la mano unos rollos de pergamino ó carton con los cuales golpean á cuantos se ponen á distancia para ello. No es ciertamente, y dicho sea de paso, muy culto el golpear impunemente á la concurrencia; pero hay que dispensarlo en gracia de la costumbre.

Algunos concejales en un coche y un piquete de caballeria, cierran la comitiva que al día siguiente á la misma hora, recorre otra vez las calles.

Por la tarde, las comparsas que formorman parte de la procesion cívica, y dos mas, llamada una de

San Cristobal, que recuerda cuando este Santo atravesó el rio llevando en hombros á Jesus, y otra de enanos, que la componen ocho hombres vestidos, con un traje especial de indiana rameada, y una enorme cabeza de carton, que descansa sobre sus hombros, se dirigen hacia las casas de los concejales á cuyas puertas bailan y cantan al son de la música popular del país compuesta de tamboriles y dulzainas, música que infunde una particular alegría en los valencianos, no por lo agradable de su sonido ciertamente, sino quizás porque desde que han nacido tienen la costumbre de escucharla, y porque es precursora siempre de todas las fiestas que se celebran en la ciudad de las flores.

El miércoles acaba, y bajo el diáfano y puro cielo de Valencia, sin rival en el mundo; en aquel país de suave y templado clima, donde los días son siempre espléndidos y radiantes, despunta entre celages rosados la aurora del ansiado y celebrado día del Señor.

Y luce el nuevo sol, al sonido de las campanas, al estampido de los morteretes y al eco de la mencionada música popular legada por los árabes.

A las nueve de la mañana se sacan de la casa de las Rocas los ocho *gigantes*, figuras gigantescas de carton que representan la Europa, el Asia, el Africa y la América, son llevados por hombres que se ocultan bajo el ropaje de los indicados gigantes y se les sitúa en la plaza de la Catedral frente á las Rocas.

A las diez asiste el Ayuntamiento á la Catedral, donde se celebra una misa solemne, en la que oficia de pontifical el Arzobispo.

En todas las poblaciones de España, es costumbre celebrar la procesion del Corpus al medio día, en Valencia se verifica por la tarde y está autorizado este acto por una real cédula concedida á la ciudad en 5 de Julio de 1677.

La afluencia de forasteros es extraordinaria, y las calles se ven todo el día cuajadas de gente. A las tres de la tarde, la animacion se aumenta en la carrera que ha de recorrer la procesion; los balcones se ven ya colgados y ocupadas las sillas de los tablados que se elevan en las plazas, para las personas que no tienen balcon y no quieren pasar de pié toda la tarde.

En el mercado se venden aquel día las flores de todas clases y especialmente los claveles, con una abundancia extraordinaria, y las valencianas ataviadas con sus galas mas lujosas, llevan la tradicional mantilla, blanca ó negra indistintamente, y en la cabeza y en el pecho profusion de claveles multicolores.

(Continuará.)

C. C.

SU ALBORADA

Á MI HIJA

¡Hija del alma adorada!
Mi dulcísimo embeleso!
Ven á recibir un beso.
Que bendiga tu alborada.

Ven, imagen placentera,
De mi amor vivo traslado;
Ven, acércate á mi lado,
Capullo de primavera.

Aun con mis brazos la ciño:
¡Mas en la falda no cabe!
Ya es pequeño para el ave
El nido de mi cariño.

De pensarlo se estremece
Mi corazón, vida mía;
¿Si tú creces cada día,
Porque el nido empequeñece?

La juventud presurosa
Por llegar á ti se afana,
Y ya tu rostro engalana
Con el color de la rosa.

La luz apenas naciente
De tu sonrosada aurora,
Al abrir tus ojos, dora
Los jazmines de tu frente.

¡Oh feliz adolescencia
Que ignora los desengaños!
¡Benditos catorce años
Perfumados de inocencia!

¡Quién pudiera hacer bien larga
Tu alborada, hija querida!
¡Quién pudiera de la vida
Detener la noche amarga!

Quien evitarte el estrago
Que el engaño hace en el alma...
Dando á tu vida la calma,
La transparencia de un lago!

Aun el llanto no adivinas;
Y ojalá nunca lo viertas...
Ya que á la vida despiertas
Entre flores sin espinas!

Que el dolor todo sea mío,
Con tal que tú nunca llores!...
Para ti quisiera flores,
Que no marchite el estío!

¡Hija del alma adorada!
Mi dulcísimo embeleso,
Guarda el perfume del beso
Que bendice tu alborada!

LOLA R. DE TIÓ

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION.)

Una tarde entró el padre Antonio por las puertas de aquella casa, de donde había huido hacia tiempo la alegría.

El anciano venía pálido y con los ojos enrojecidos.

Sentóse tristemente y esperó que le preguntasen, pues no se atrevía á dar las noticias de que era portador.

Si en los ojos de la pobre Lucía hubiera brillado un rayo de luz, su corazón se hubiese oprimido dolorosamente al ver el semblante del sacerdote.

Sin embargo, el instinto de su alma suplió á su falta de vista, y al notar el silencio de aquel venerable anciano.

—¿Qué tiene V., padre mío? le preguntó, qué es lo que ha pasado?

—Há recibido V. malas noticias? exclamó á su vez Agustín, que también estaba alarmado.

—Malas noticias... malas noticias... no... no creo que debemos asustarnos... que... al fin y al cabo, ello pasará, si, ello pasará, y no será nada, ni...

—Oh! Nina está enferma! Nina á muerto! gritó Lucía con angustia.

—Ella! hija mía! hija mía! murmuró Agustín con la faz descompuesta y levantándose para acercarse al padre Antonio.

—Vamos, vamos calma, dijo este, no os alarmeis: la niña vive, vive! ¡vaya, pues no faltaba otra cosa! está un poco enferma, pero nada mas: ¿creeis por

ventura que si hubiese muerto lo sentiría yo menos que vosotros?

No, ciertamente: ella es mi hija como lo es vuestra! vosotros habeis amparado su vida, yo su alma! vosotros la habeis visto crecer y desarrollarse á vuestro lado, trocarse de niña en muger... yo he visto mas, yo he visto todas las virtudes, todas las santidades, nacer y desarrollarse en su alma, la he mirado convertirse de niña en ángel... ya veis si debo amarla tanto como vosotros!

—Pero en fin, ¿qué tiene? preguntó la ciega con violencia.

—¿Qué tiene? sí, ¿qué tiene? repitió Agustín como un eco.

El buen cura vaciló.

Adrianesi en una carta le habia dicho lo ocurrido á Nina en la noche del concierto casa del marqués del Prado, pero el anciano no se atrevia á referirlo á su vez.

Hay enfermedades que aterran, que hielan el alma!

Disimuló, pues, su emocion, y dijo fingiendo una calma que estaba muy lejos de tener.

—Bah! yo creo que es cosa lijera: uno de esos males que se adquieren tan fácilmente en Madrid, donde se trasnocha con frecuencia, y donde se sale de salones abrigados y llenos de perfumes para lanzarse á la calle, donde reinan vientos que matan, aires que enfrian la sangre y... pero no será nada hijos míos, no será nada. Calmaos y en todo caso acudamos á Dios. Acudamos á Maria, Madre de afligidos, seguros de que por ella nos ha de venir el consuelo.

—Virgen Maria, devolvednosla! exclamó Lucia deshecha en lágrimas y sintiendo arder en su alma la pura llama de la fé.

—Sí, sí, devolvednosla, repitió Agustín no menos angustiado. Señor yo creo en vos! y yo espero en vuestra bondad!

El sacerdote conmovido por aquel amargo dolor, enjugó una lágrima que rodaba por sus mejillas, y despues de prestar en aquella casa los consuelos que él á su vez habia de menester, se dispuso á marchar ofreciendo volver al dia siguiente, ó antes si alguna nueva noticia recibia.

Cuando Lucia y Agustín quedaron solos, su dolor estalló de nuevo.

Gruesas lágrimas se escaparon de los ojos sin luz de la ciega, y el pecho del anciano se levantó en angustiosos gemidos.

—Y ¿qué vamos á hacer, padre mio? murmuró Lucia sin atreverse á espresar el pensamiento que empezaba á germinar en su mente. Si muriese Nina lejos de nosotros, sin volverla á ver, sin oír las palabras de nuestro cariño, ni las bendiciones de nuestro amor! Oh! esto seria terrible! La debemos

tanto! á no haber sido por ella, quizá uno y otro nos hubiéramos muerto de dolor ó de astío.

—Y á no haber sido por su influencia, por su ternura, yo viviria aun dudando de la providencia y separado de Dios!

—Oh! recuerde V. cuando fué á vender sus primeras flores para poder ayudarnos y combatir nuestra miseria! pobre niña! con que placer vino á poner en mi mano el producto de su trabajo, que alegraría la suya al saber que nos era útil! Oh! padre, padre, es preciso que vayamos á su lado: si no, yo me moriré de pesar y V. se quedará enteramente solo.

—¿Y qué vamos á hacer? cómo podremos...?

—Madrid no está muy lejos, y los dos...

—Y tendremos fuerzas? podremos llegar?

—Sí sí: V. se apoyará en mi brazo y me indicará el camino: yo sostendré á V. y le prestaré valor.

—Pero ¿y si el señor cura se opone? si no lo cree conveniente?

—No le diremos nada, y así...

Agustín dudó por algun tiempo; no sabia que resolver.

Es verdad que, merced á los cuidados que ahora podia recibir, y sobre todo al género de vida menos miserable que llevaba hacia algun tiempo, su enfermedad habia cedido, se habia modificado notablemente, pero era tan viejo que no podia contar para mucho con sus fuerzas.

Sin embargo, el deseo de su corazon fué mas fuerte que su prudencia, y cediendo á las instancias de Lucia se decidió por fin á emprender aquel viaje.

Con una actividad nerviosa, con la actividad que prestan la impaciencia y la desesperacion, esta lo dispuso todo, y al amanecer salieron ambos de su pobre casita, y apoyado el uno en el otro, emprendieron el camino que debia conducirles á la corte, ó lo que era mas interesante para ellos, al lado de Nina, que era su vida y la luz de sus almas.

Cuando el padre Antonio vino á hacerles la ofrecida visita se encontró la casa cerrada, y preguntando á unos y á otros, logró saber que al despuntar el dia habian salido ambos, dirigiéndose á la carretera, por donde habian desaparecido, sin decir á nadie donde iban.

El padre Antonio no necesitó preguntar mas.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

DOS PARA DOS,

NOVELA ORIGINAL

DE

DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

(CONTINUACION)

—No creo que sea la ambición ni el interés los móviles, y eres injusta contigo misma pensando de ese modo.

—Es posible; pero sospecho que si me hubiera encontrado en tu posición, por ejemplo, no habría reparado en mí... ni le hubiera cautivado mi belleza. Tú piensas lo mismo.

—¡Oh! eres terrible!

—No tal; soy justa... porque has de saber que si él no poseyera más fortuna que su bella persona, tampoco aceptaría su mano Catalina de Rusia.

—Por mi parte te aseguro que no me casaría nunca de esa manera.

—Ya cambiarás de parecer, y si no eres tonta caerás en la cuenta de que nada te conviene tanto como un viejo millonario. No me pongas esa cara de cándido asombro. ¿Quieres que te lo diga todo? Pues bien: un viejo millonario es mi bello ideal.

—Pero, mujer, ¿casarse con un viejo porque es rico...!

—Y no siendo rico ¿que mujer había de casarse con un viejo?

—Entonces es... engañarlo, mentirle un afecto que no inspira: es...

—Dilo: ¿no te atreves á pronunciar la palabra? Yo la pronunciaré; es venderse. ¿No es eso? Pero hija mía, es casarse, estener coches, caballos, lujo, es vivir, es gozar, es poner de nuestra parte la compasión del mundo.

—No te comprendo, ni quiero comprenderte.

—Bueno, pero lo que yo te digo es cierto, y así lo comprenden y lo sienten cuantas mujeres se casan con viejos opulentos.

—Catalina estás desatinada.

—Mira casarse con sesenta años, llenos de alifafes, de impertinencias, de egoismo, ¿no es un gran sacrificio?

Pues bien, ese sacrificio es preciso que tenga su compensación, ó no hay justicia en el mundo.

—Convengo y por eso te digo que me repugna solo la idea de casarme con un viejo, porque

creo que es poner la paciencia de una mujer á prueba, y entregar su honra á terribles sospechas. ¡Oh! Nunca, nunca me casaré con un hombre á quien no pueda querer, á quien no pueda amar con todo mi corazón. No basta ser buena; es preciso además parecerlo.

—Vas á empezar el tercer capítulo de tu novela, y ya es tarde: los coches han disminuido considerablemente, y el calor de nuestra conversación no nos ha dejado advertir que el frío de la noche se nos viene encima.

—En efecto, dijo Isabel mirando al cielo: ya hay estrellas.

—¡A casa! gritó Catalina al cochero en el momento en que, volviendo de la Fuente Castellana se encontraban delante del salón del Prado.

Las yeguas se volvieron gallardamente, y la carretela, ligera como una pluma, entró en la calle de Alcalá, que, sea la que quiera la democracia que impere, siempre será una callerégia.

—Después de comer, dijo Catalina, irán algunas gentes á casa, y verás que bien pasamos la noche.

—Después de comer; replicó Isabel, debo volverme al lado de mi madre á quien he dejado sola todo el día.

—Es decir que me abandonas.

—Es preciso, querida mía.

—Yo me opongo, señorita.

—Esta vez no puedo hacer tu gusto.

—Eres muy cruel.

—Otro día... otra noche...; pero esta es imposible.

—Tú tienes algo que ver esta noche.

—A mi madre y á mi hermano; te juro que no quiero ver más.

La carretela se detuvo: habían llegado á la suntuosa casa de Catalina de Rusia. Las dos jóvenes saltaron ligeras como dos pájaros, y asidas de las manos subieron la escalera; Isabel meditabunda, y Catalina cantando.

III.

Esta vez es Jaime, él que vá en busca de Miguel: ha sabido que su amigo vive todavía, y corre presuroso á darle la enhorabuena.

Pero ¿qué transformación! habita sin duda en una casa magnífica, y es inquilino de un cuarto suntuoso. Jaime se lo encuentra sumergido en una butaca espléndida, envuelto en una rica bata de grandes ramos y brillantes colores, saboreando el humo perfumado de un succulento habano.

Su lujo es verdaderamente escandaloso; todo lo que le rodea relumbra; la cadena de su re-

loj solo se diferencia de la de un presidiario en que es de oro; los brillantes de su camisa son como garbanzos; usa para fumar una boquilla enorme de ambar puro; su targetero es de marfil.

En los detalles artísticos de los objetos que adornan su gabinete y su cuarto de baños, no es permitido entrar, porque es excesiva la riqueza que ostentan.

Jaime no se mostró sorprendido por aquel mal gusto; pero se admiró de tanto lujo, y arqueando las cejas para dar más énfasis á sus palabras, exclamó.

—¡Veo, querido Miguel, que sabes resucitar. Miguel soltó una bocanada de humo, y dijo:

—Aquí tienes un milagro hecho por el santo, 7,894, que es el número que jugé á la lotería.

—Y con 60,000 duros, preguntó Jaime, te permites tanto boato?

—Con 60,000 duros, le contestó su amigo, no hay más que para mal comer, y mis gastos más precisos suponen una renta anual de 10,000 duros.

—De manera que no piensas vivir más que seis años?

—Pienso vivir mucho, para lo cual he tomado mis precauciones. Después que jugué á la lotería, he jugado á la bolsa, y mi capital, hoy día de la fecha, asciende á 6,000,000 de reales, que solo emplearé en especulaciones seguras.

—¡Y todo esto, exclamó Jaime, en tres meses escasos!

—¡Tres meses! ¿parece poco tiempo para pasar de simple abogado á opulento capitalista? Pues mucho menos necesitó tu tío para morir, puesto que murió de repente, convirtiéndose en veinte minutos, de pobre sobrino, en rico propietario.

Jaime lanzó un profundo suspiro de esos que salen del alma, y Miguel se apresuró á decirle:

—Perdona si he renovado tu dolor con este recuerdo; creí que ya estaría cicatrizada la herida. Mas me parece algo amarga tu sonrisa. ¡Demonio! ¿Qué quieres decir esa cara contraída y ese aire de desaliento? ¡Tu toilette está descuidada! ¡Vas de luto, y traes guantes de color de café...! ¿Qué es esto? ¿Qué te sucede?

Jaime arregló maquinalmente el lazo de su corbata, se atusó la barba y dijo.

—¡Ay Miguel...! Me ha salido un primo!

—¡Un primo...! Ya comprendo ¿un hijo de tu buen tío? Un heredero, un pariente inesperado, que viene á partir contigo el dolor, el luto, y la herencia. Pero aun así, no me explico ese aplacamiento; porque, en verdad, ya no debes llorar la muerte repentina de tu tío, más que con un ojo.

—Es un primo en regla, que viene armado de

todos los requisitos de heredero forzoso, y pide íntegra la fortuna de su padrastre.

—Entonces me parece que él es el hijo, y tú el verdadero primo.

—Figúrate que mi tío estaba casado.

—¡Hola!

—Lo que oyes. En una de sus emigraciones, cuando todavía no era rico, se enamoró en París de una bailarina, y acabó por casarse con ella. A los tres meses de vivir juntos, los caracteres no se avinieron, y por mútuo amistoso convenio se separaron para siempre.

Mi tío, jamás habló de esto, y debieron ignorarlo hasta sus amigos de emigración; nada se sabía. Pero hé aquí que muere; los periódicos hablan de su muerte, estienden por el mundo la noticia de su gran fortuna, y el hijo de la bailarina se presenta á reclamar la herencia de su padre... ó lo que es peor, de mi tío.

—¡No es buen negocio! exclamó Miguel moviendo la cabeza; pero quizá le encontremos salida, el que hizo la ley hizo la trampa; el dinero todo lo vence; y al fin y al cabo los dos somos doctores en jurisprudencia por la Universidad de Madrid.

—Es negocio perdido, replicó Jaime, he visto los documentos, y están en regla.

—De manera que te ves reducido á la necesidad de ser un perdulario, renunciando generosamente á la herencia de tu tío?

—No quiero empeñarme en un pleito inútil; además la vida me es insostenible.

—No digas desatinos: la vida está llena de placeres, y un hombre tan arreglado como tú puede vivir muy bien con poco. Jaime abre tú bafete, y trabaja. ¿No? Vamos te hago una proposición: ¿quieres ser mi abogado?

—¿Tampoco? Entonces es que has puesto los ojos en alguna rica heredera, ó te has propuesto probar fortuna en la política.

—Nada de eso.

—Pues no te queda mas recurso que jugar á la lotería.

—No es la pérdida de mi herencia lo que más me affige; otra desgracia mayor es la que me desespera.

—¡Diablo! ¿Hay en el mundo alguna cosa peor que la miseria?

—Sí Miguel; peor que la miseria, es la ingratitud.

—Jaime, hablemos con franqueza; no te entiendo.

—Cuando era rico, pensé en casarme.

—Es verdad, no recordaba esa circunstancia, y ya caigo: ahora te encuentras casado y pobre...; la cosa es terrible.

—No me interrumpas... Pensé en casarme, pero no me case.

Miguel se llenó la boca de humo para no interrumpir á su amigo, que continuó de esta manera.

—Estaba enamorado, ciego... Es una mujer irresistible...; habia oido de su boca los más graciosos juramentos, creí que poseia su corazon, y...

El capitalista no pudo contenerse, y soltando el humo que tenia en la boca, dijo:

—Y bien...: se ha presentado otro primo.

—Se á presentado ella como es: pérfida, infame, perjura, ingrata. Alguna vez me atormentaba pensando si lo pingué de mi fortuna daria algun pábulo al fuego de su afecto; más no podia creerlo; así es que casi me alegré de perder la herencia recreándome ante la idea de que mi pobreza aumentaria su cariño. Me consideraba ya á sus ojos más interesante pobre que rico, y fui á confiarle mi desventura lleno de amor y de esperanza. Oyó mi sencillo relato con natural indiferencia, me miró, no obstante, con ojos compasivos, y sin perder su habitual sonrisa, me dijo: «Lo siento con toda mi alma, porque comprendo que su delicadeza no le permitirá insistir en un amor que la desgracia hace imposible.» Aquellas frias palabras penetraron en mi corazon como la hoja de un puñal, y antes que acertara á replicarle, añadió.

—«No ignoraba lo que acaba V. de contarme, y he callado: no he podido hacer más.» Entonces le dije, comprende V. perfectamente mi situacion: yo pedia permiso para retirarme y V. me habre la puerta...; se lo agradezco. «Debieron escocerle estas palabras, pues incendiando mi alma con una mirada de fuego, me contestó. «V. merece eso y mucho más; «Salí de allí furioso, aflijido desesperado... Pensé matarla...; y pensé matarme. Ahí tienes la ingratitud, que es mil veces peor que la miseria.

—La desgracia, dijo Miguel, te hace ser ingrato. Que culpa tiene esa bella mujer de que tu buen tio se encalabrinará en París con una bailarina? Confiésame que si su hermosura se hubiera trasformado de repente en fealdad, habrias dejado de amarla. Pues bien, nada hay tan feo en un hombre como no tener un cuarto.

—Tus consuelos son mas crueles que mi mismo dolor... ¡Ay! Miguel no abres la boca más que para de cubrir el abismo de tu alma! Me parece más desgraciado que yó.

—Me asombro, querido Jaime, de que teniendo tanto talento, seas tan imbécil: Más, quiero ser un buen amigo: si mis palabras no te consuelan apelaremos á otro medio: mi caja está á tu disposicion; tienes letra abierta: te cierro el fondo de

mi alma y te abro mi bolsillo... Lloraré contigo derramando sobre tí billetes de Banco. ¿Acomoda?

—No me hagas la injusticia de creer que he venido á verte en busca de un dinero que no necesito, ni en busca de un consuelo que tú no puedes darme.

—Entonces ¿á que has venido?

—He venido á despedirme de tí.

—¿Vas á matarte?

—Eso habia decidido: queria arrojar al rostro de esa mujer la sombra de mi cadáver; que mi muerte la persiguiera toda su vida; que mi nombre fuera el remordimiento eterno de su alma: queria morir por vengarme.

A Miguel se le escapó una carcajada que Jaime oyó con desden, continuando de este modo.

—Una mañana me acometió la idea de que tenia miedo de matarme, y me indigné contra mi mismo. ¿Seria tan cobarde que dejaria impune la traicion de aquella mujer? Este pensamiento escitó mi cólera; me provoqué con toda clase de insultos, me dirijí los mayores ultrajes y me hubiera abofeteado...; pero la vida se me presentó como un oprobio, resolví acabar de una vez. El papel de luto que tenia sobre el escritorio parecia esperar mis funebres confidencias. Me senté y escribí la carta indispensable, confesando que yo solo era el autor de mi muerte. Sentia vanidad al declarar á la faz del mundo mi suicidio, y saboreaba de antemano mi venganza, anticipándome la gloria que por algun tiempo daria á mi nombre la celebridad del horror: estaba orgulloso de mi crimen.

—¡Mi crimen...! repitió Miguel encojiéndose de hombros.

Tambien se encojió de hombros Jaime, y prosiguió diciendo.

—Una vez escrita la carta, era difícil retroceder, me encontraba satisfecho de su contenido y era segura la viva emocion que habia de causar, porque estaban perfectamente combinados los golpes de efecto, y no se renuncia con facilidad á un éxito, por fajitivo que sea, de modo que todo me incitaba á morir, y me dispuse á tomar dignamente el camino de la eternidad. Ante todo me dí un baño, me perfume despues, y me amortajé yo mismo con mi mejor vestido.

—¡Soberbio! gritó Miguel entusiasmado. Eso es de primer orden; eso es saber morir. Todavia hay en el mundo romanos del imperio: nada tienes que envidiar á los mejores tiempos de Babilonia... Vales mas que Sardanápalo. Prosigue, prosigue, que tu narracion me interesa, aunque tu presencia me anuncia un desenlace funesto,

—Verás: en el momento crítico, cuando reclinado en mi hermoso diván de terciopelo verde, iba á absolver el tósigo mortal que instantáneamente, y sin desfigurarme, había de poner fin á mi existencia, sentí sobre mi cabeza ruido repentino de pasos precipitados, y un estrépito semejante al de muebles que ruedan por el pavimento, y al través del techo percibí gritos ahogados y sollozos comprimidos. Maquinalmente me levanté y acudí á la escalera. Entonces oí una voz angustiada que pedía socorro.

Subí, la puerta del cuarto que cae encima del mio estaba abierta, y entré. El cuadro que se ofreció á mi vista és el siguiente: en primer término tres sillas caídas, que casi me cerraban el paso, y entre ellas un costurero volcado y abierto, del que se escapaban hilos, cintas, sedas, todo lo que puede contener un costurero. En el fondo aparecía un grupo de tres personas, colocadas de esta manera; tendidas en el suelo y al pié de un modesto sofá, había una mujer, cuyo cuerpo estirado é inmóvil, me hizo creer que estaba muerta: de rodillas delante de ella un muchacho de catorce años, rubio como un serafín, tenía asida una de sus manos, y besándola, gritaba entre amargos sollozos: ¡Madre! Madre!

La cabeza de esta descansaba sobre el brazo derecho de una jóven, que, inclinada sobre el rostro de la moribunda, imprimía en su boca entreabierto continúos besos, como si quisiera infundirle el aliento de su propia vida. Salté por encima de las sillas, y me acerqué al grupo: el niño y la jóven me miraron llenos de angustia. «No hay que apurarse... dije; esto no será nada y ambos prorrumpieron en amargos y desconsolados sollozos.

Llamé á mi criado, hice subir al portero, y los envié á la botica en busca del médico. Entre tanto, con la ayuda de la jóven y del muchacho á quienes el dolor daba fuerzas, coloqué cuidadosamente á la enferma en su cama. Tenía en verdad, todo el aspecto de un cadáver...; yo no pude encontrarle el pulso, pero sentí latir su corazón bajo mi mano. «¡Vive, vive!» exclamé lleno de alegría. Toqué sus pies, y los hallé mortalmente fríos.

(Continuará.)

FESTIVIDAD

DEL CORPUS-CHRISTI.

Mirad, las blancas nubes
en trono azul trocándose,
el ancho espacio cruzan
trás una la otra en pós;
y del empireo cielo
con rapidéz lanzándose,
nos muestran refulgente
en trono escelso á Dios;

Que baja hasta la tierra
entre su córte angélica,
y de querubes nitidos
regiones mil y mil,
que esparcen presurosos,
ante su planta célica
las flores olorosas
que brotan en abril.

Brillantes pabellones
ofrecénle los ángeles,
con sus pintadas alas
de plata y carmesí;
y sus doradas harpas
pulsando los arcángeles,
en cánticos sonoros,
le dicen: «gloria á tí»

Hosanna á Tí, Dios mio;
á tus piés adorándote
hoy ves, Señor, postrada
la inmensa creacion:
y lágrimas y preces
humilde tributándote,
regando las acojas
con santa compasion.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia».